

Tabita y Tania en el tenebroso sótano

Antonny Díaz Vásquez

Una breve y graciosa historia.

Tabita y Tania en el tenebroso sótano

**Antonny Díaz
Vásquez**



Capítulo 1

Tabita y Tania en el tenebroso sótano

Antonny Díaz Vásquez

Una niña tan común y tan corriente como cualquier otra; una niña tan bella y simpática como nos gustaría que fueran todas, pero tan especial como ninguna otra. Esta es Tabita, y sí, es muy especial, y este es el caso del que fue partícipe y principal protagonista; un caso muy curioso.

Resulta que estaba un día Tabita, un día más, un día menos, sentada en el porche de su casa. Una casa grande, bonita y acogedora, con un amplio jardín lleno de rosas, amapolas y ve tú a contar cuántas flores más. Estaba allí, pensando en la inmortalidad del cangrejo y del por qué este era inmortal, cuando vio que Tania, su mejor amiga y confidente, trataba, inútilmente, de llegar hasta el pestillo de la puerta de la cerca que rodeaba tan inmenso jardín. Espectáculo que ella daba cada que iba a casa de Tabita. La oía refunfuñar y quejarse cada vez con más histeria, sin embargo no se levantaba a abrirle; tenía una pereza de aquí a la Luna. El caso es que Tania tuvo que gritar:

—¡Tabita, ábreme, por favor!

A lo que Tabita, malhumorada por lo que consideraba una imprudencia magistral hacia su hondo acto de reflexión, contestó:

—Favor me harías tú al retirarte, Tania.

—¡Ábreme que te tengo que contar algo!—dijo con ojos suplicantes, llenos de expectación.

Tabita giró los ojos y, con una sonrisa de resignación, se dispuso a abrirle la puerta.

Tania era bajita, a decir verdad, muy bajita para su edad... está bien, una enana, pero rebosante de energía. Tal parece que todo lo que le faltaba en tamaño se lo ganaba en ánimos y alegrías.

—Bueno, ahora sí, dime, qué pasa—preguntó Tabita.

Tania, mirando hacia ambos lados, como si temiera que se oyera una sola palabra de lo que iba a decir, preguntó a su vez con mucho cuidado, en un murmullo:

—¿A ti no te asustan los sótanos, verdad?

Tabita se lo pensó un momento. «¿Tenerle miedo a los sótanos? ¿Yo? ¡Qué va! ¿Quién le va a tener miedo a esos lugares oscuros, silenciosos, sepultados en la tierra, llenos de telarañas, muchas veces húmedos y malolientes y... y tal vez, sólo tal vez, ocultando a una cosa, una terrible cosa espantosa capaz de ponerle los pelos de punta a cualquiera? Yo... yo no le temo a agujeros malvados como esos... creo».

—No—contestó con una voz que trataba de ser convincente, pero que era trémula y gangosa; que daba lástima.

Tania no se tragó el cuento de inmediato, antes de hablar duró un momento, como sopesando la valía de su amiga. Al final se decidió, se encogió de hombros y dijo:

—Anoche, desde mi ventana, vi entrar algo...—se detuvo un segundo y, como para dar dramatismo a la situación y a su propia voz, agregó, en un susurro—: algo, debajo del porche. Allí—señaló con el dedo detrás de Tabita—, en tu sótano.

Tabita se puso pálida súbitamente. Se puso de piedra la pobre, y preguntó, para asegurarse de lo que acababa de oír, con la voz entrecortada:

—¿E-e-en mi só-só-sótano?

—¡Sí!—dijo Tania con convicción y, luego, con su ánimo característico, propuso—: ¿Vamos a ver?

Sus piernas a Tabita le decían que no, pero su orgullo le decía que sí. Y, para no parecer una completa gallina, le dijo:

—Está bien.

Así pues, emprendieron las dos niñas el camino. Se arrastraron por debajo del porche y llegaron hasta una de las ventanas del sótano, una que estaba ligeramente entreabierta, a la que Tania señaló como cuerpo del delito:

—¡Mira!

A Tabita le dio un vuelco el corazón, pero apretando los labios y armándose de valor, levantó completamente la ventana y se lanzó dentro seguida de Tania. Era un mundo aparte. Otro universo. La oscuridad era la ama y la luz su lacaya. Los grandes estantes se distribuían aquí y allá, llenos de polvo. Basura y cachivaches cubrían el suelo. Tabita, medio

lamentándose de haberse metido allí, preguntó:

—¿Qué fue lo que viste? No me has dicho.

Y, antes de que Tania pudiera contestar, un sonido metálico se escuchó. Luego, rápidos y ágiles pasos que engullía la oscuridad. Tabita comenzó a temblar. Tania se abrazó a ella.

—¿Quién anda ahí?—preguntó Tabita con más miedo que voz.

La única respuesta fue una lata que, luego de que algo la empujara, cayó al piso haciendo un feo y estruendoso ruido.

Los corazones de ambas latían presurosamente. Tania estaba a punto de ponerse a llorar y Tabita a punto de ponerse a gritar. Cosa que efectivamente hizo cuando aparecieron, en una esquina, unos ojos malévolos, finos y brillantes.

Ambas se lanzaron a correr derribando todo a su paso. Tabita gritaba «¡Mamá! ¡Papá!» y Tania sólo lloraba y balbuceaba incongruencias. Siguieron corriendo hasta que se toparon con la puerta que llevaba hacia arriba. La empezaron a golpear desesperadas. Tenían la sensación de que la negrura se las iba a comer, así que seguían llamando y gritando.

Los ojos, resaltando de entre lo negro, aparecieron por detrás. Fijos, expectantes. Ahora sí, se volvieron locas y casi tumban la puerta hasta que aparecieron los padres de Tabita, encendieron la luz y, entre atropellos de ellos mismos y de lenguas, preguntaron «¿¡Qué pasa!?».

Tabita y Tania se lanzaron, llorando y gimiendo, hacia ellos. Señalaron hacia atrás, hacia la cosa perturbadora y horrible, hacia ese monstruo aterrador que era... un bonito gatito blanco.

Los padres las miraron con vergüenza y reproche, pero también con hilaridad. Se echaron a reír. «¡Estas niñas!» decía el padre. «¡No cambian!» decía la madre; ambos entre risas y suspiros.

Tabita, abochornada y con los rastros que las lágrimas le dejaron en el rostro, se acercó al gatito con una sonrisa, lo levantó, puso cara de niña buena y preguntó:

—¿Me lo puedo quedar?

FIN

